

Cuando la lluvia y su agua limpia entra en las cloacas

En estos días, España ha sido testigo de intensas lluvias que, además de aliviar la sequía acumulada, han puesto de manifiesto un fenómeno casi simbólico: el agua torrencial ha arrastrado suciedad, destapado cañerías olvidadas y obligado a cloacas enteras a expulsar aquello que se había acumulado en silencio durante años. La naturaleza, caprichosa pero honesta, ha recordado una vez más que lo que se esconde bajo tierra tarde o temprano vuelve a la superficie.

Este espectáculo hidráulico ofrece un paralelismo inevitable con la realidad política del país. Hay momentos en la vida pública en los que se percibe una presión creciente, un ruido subterráneo, un mal olor que no se ve pero se intuye. Y cuando las primeras gotas de lluvia en forma de investigaciones, filtraciones, contradicciones o testimonios incómodos comienzan a caer, las estructuras que parecían sólidas empiezan a mostrar grietas.

La llamada fontanería política, esa compleja red de maniobras internas, silencios pactados y engranajes que funcionan al margen de la vista del ciudadano, recuerda mucho a las instalaciones ocultas en los muros de cualquier edificio antiguo. Tubos envejecidos que ya no aguantan presión, piezas improvisadas, remiendos que solo funcionan mientras nadie toque la llave equivocada. El problema no está en la lluvia, sino en el sistema que ha decidido ignorar sus propias averías.

Así, cuando el temporal arrecia ya sea meteorológico o institucional, todo aquello que se quiso esconder sale con fuerza: expedientes que se atascan, decisiones difíciles de justificar, presupuestos que no cuadran, favores cruzados que empiezan a gotear. Las cloacas, metáfora constante del lado oscuro de la política, nunca permanecen cerradas para siempre. Basta una tormenta fuerte para que el agua arrastre lo que se acumuló durante tanto tiempo.

En este contexto, muchos ciudadanos observan con desconcierto cómo los responsables intentan contener la riada con discursos, promesas o explicaciones que suenan más a parches que a auténticas soluciones. No es extraño: cuando una tubería revienta, no basta con pintar la pared. Hace falta abrir, limpiar y reparar. Pero el mantenimiento institucional rara vez se aborda con la transparencia que se exige en cualquier oficio honesto.

Las lluvias, sin embargo, tienen una virtud: limpian. Aunque causen molestias temporales, dejan un aire nuevo y un suelo más claro. De la misma manera, los episodios que agitan la vida política pueden ser una oportunidad para oxigenar el sistema, renovar conductos y exigir que la fontanería deje de funcionar en la sombra. Porque la democracia, igual que una casa, necesita inspecciones frecuentes, profesionales responsables y tuberías que no se colapsen con el primer aguacero.

Quizá la lección más importante es que la naturaleza siempre revela lo que se intenta esconder demasiado tiempo. Y en política como en fontanería, ignorar la suciedad no la hace desaparecer. Solo la lluvia, y a veces la presión acumulada de la ciudadanía, logra devolver la transparencia que debería haber estado ahí desde el principio.